

Libros

**EL TESTIMONIO DEL
COMANDANTE**

Tomás Borge, *La paciente impaciencia*, México, Editorial Diana, 1989, 590 pp.

La paciente impaciencia del comandante Tomás Borge Martínez no es un texto político en el sentido convencional del término, sino un libro político de nuevo tipo. De un cuño en el que lo político y la política forman parte integral de la experiencia directa, de la vivencia cotidiana y, por lo mismo, se apartan de los metalenguajes, los esquemas vacíos, los lugares comunes y las palabras gastadas.

La paciente impaciencia es un testimonio autobiográfico que se extiende de 1935 a 1978, aproximadamente. Consta de cuarenta capítulos, divididos en secciones, cada uno de los cuales reviste características y valores singulares que harían posible, con algunos arreglos, su publicación independiente los unos de los otros. Su calidad literaria y poética es, sin duda, excepcional, más aún si se tiene en cuenta que proviene de una mano que ha empuñado las armas.

A pesar de pertenecer al género autobiográfico, *La paciente impaciencia* se distancia de la monótona intimidad del monólogo y abraza la generosidad del diálogo. Así, su autor ofrece la palabra a otros protagonistas (individuales y colectivos), incluyendo a sus adversarios o críticos del momento, cuyos testimonios documentales o verbales recoge de manera íntegra y respetuosa.

La población nicaragüense de Matagalpa, ciudad de la infancia del escritor y de Carlos Fonseca Amador (organizador y conductor del Frente Sandinista de Liberación Nacional), está en el inicio de todo y es el ombligo del mundo. Es la Comala de Juan Rulfo en *Pedro Páramo*, el Macondo de Gabriel García Márquez en *Cien Años de Soledad*, o si se quiere, el San José de Gracia de Luis González y González en *Pueblo en vilo*.

Borge pinta un hermoso mural del universo matagalpino de su niñez. En él figuran las instituciones locales (familia, iglesia, escuela), los hábitos y las costumbres al uso (de comerciantes, artesanos, profesionistas y terratenientes; de prostitutas, homosexuales, vagos, mendigos y enfermos mentales) y la cultura, la "alta" cultura entonces en boga (Rubén Darío pintado de azul, el afán declamatorio, la retórica modernista, en fin, la poesía y la literatura). Pero en él aparecen también la historia y las tradiciones políticas lugareñas: la colonización española de la costa del Pacífico, la penetración inglesa en la costa del Caribe, Matagalpa en la línea de las fronteras, las rebeliones indias de 1692, 1824, 1827, 1844, 1845 y 1848 que amenazaron la ciudad; la invasión filibustera de 1856.

Cuando Borge pasa a Granada, primero, y a León, después, para cursar estudios universitarios, su horizonte se amplía progresivamente de Matagalpa al resto del mundo. Entonces otras historias y otros acontecimientos políticos, siempre vistos desde Nicaragua, se tornan significantes a sus ojos: la revolución liberal de 1893, encabezada por José Santos Zelaya; la invasión estadounidense de 1912-1925 y la subsecuente concesión a los Estados Unidos de la construcción de un canal interoceánico en territorio nicaragüense; el surgimiento del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, jefaturado por César Augusto Sandino; el retorno de los *mari-*

nes en 1927; la crisis económica internacional que estalló en el mes de octubre de 1929; el terremoto de 1931 que arrasó con la ciudad de Managua; el asesinato del General de Hombres Libres en 1934 por Anastasio Somoza García; el impacto del *browderismo* en Nicaragua durante la segunda guerra mundial; los movimientos armados que en contra de las dictaduras de la región llevó a cabo la llamada Legión del Caribe entre 1944 y 1954; el derrocamiento del gobierno democrático de Jacobo Arbenz en Guatemala en este último año; el ajusticiamiento de Anastasio Somoza García por un poeta (Rigoberto López Pérez) en 1956 que, por cierto, dejó intacta la estructura de la dictadura familiar; la aparición de brotes armados con la participación de algunos veteranos del ejército de Sandino, bajo la conducción de Ramón Raudales, en 1956; la ocurrencia de nuevas empresas gerilleras en Nicaragua en 1958, antes del triunfo de la revolución cubana.

Hasta aquí lo que podríamos considerar la introducción al meollo del asunto del que se ocupa *La paciente impaciencia*: el origen y el desarrollo del Frente Sandinista de Liberación Nacional, organizado entre 1961 y 1963.

En el origen se entreveran un contexto interno y un entorno externo, precisos y determinantes. Veamos.

La radiografía de la Nicaragua de finales de los años cincuentas y principios de los sesentas nos proyecta la imagen de un sistema político oligárquico, con una democracia representativa aparente y una dictadura familiar efectiva (cuya columna vertebral era la Guardia Nacional), incapaz de integrar a los nuevos actores sociales que habían surgido del incipiente desarrollo urbano-industrial experimentado en el país y que exigían la ampliación de la participación política.

Algunos de dichos actores sociales aspiraban a una apertura limitada que incorporara, en el proceso político regular, exclusivamente a los grupos urbanos ya movilizados y que mantuviera marginada a la mayoría de la población rural y periférica. De cualquier modo, esta orientación suponía, inevitablemente, el desmantelamiento de la dictadura familiar y el establecimiento de una prensa libre, de elecciones auténticas y de un sistema operante de partidos políticos. Pero otros de los nuevos actores sociales, entre los que figuraba de manera muy destacada la juventud urbana escolarizada, en especial aquella que estaba recibiendo, o que había recibido, la instrucción media o superior, pugnaban por una ampliación total de la participación política que incluyera a las mayorías laborantes de la ciudad y del campo.

Contraria a la operación de cualquier cambio de fondo en la realidad política nacional, la dictadura somocista procedió a romper o a reprimir las oposiciones. Esta determinación le redituó al régimen algunos saldos favorables en el caso del primer tipo de oposición antes referida, pero le arrojó resultados sumamente adversos en el caso del segundo tipo de oposición ya mencionada.

En efecto, aunque la juventud estudiantil logró doblar la mano de la dictadura y obtuvo, tras largos años de lucha, la apertura de un mínimo espacio democrático (cual fue la concesión de la autonomía a la Universidad Nacional de Nicaragua en 1958) lo que privó fue la represión, significada en el encierro, el destierro o el entierro. Con ello, el régimen alimentó y potenció una fuerza social que, visto el contexto socioeconómico del país, estaba impelida a desempeñar un protagonismo a todas luces decisivo.

En lo que hace al entorno internacional, basta señalar que el 10. de enero de 1959 el

Ejército Rebelde asumió el poder pleno en la República de Cuba.

Las circunstancias internas y externas se conjugaron en una línea de interacción y retroalimentación en la que la dictadura somocista y la oposición estudiantil ocuparon el centro de un esquema de fuerzas cada vez más polarizado. Fue en este ambiente en el que surgieron diversas agrupaciones políticas —Juventud Democrática Nicaragüense (1959), Juventud Patriótica Nicaragüense (1960), Movimiento Nueva Nicaragua (1961)— que, entre 1961 y 1963, confluyeron en la organización del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

En la historia del Frente Sandinista de Liberación Nacional destacan dos aspectos cruciales que experimentarían un sinnúmero de cambios y desarrollos entre 1963 y 1979: el político y el militar.

En el plano político, dicha minoría, élite o vanguardia de origen estudiantil, que carecía de homogeneidad en un principio, se dio a la tarea de elaborar un discurso y un programa políticos propios, que opuso al accionar de la dictadura somocista. Para ello combinó su reciente conocimiento del marxismo con su igualmente reciente entendimiento del ideario de César Augusto Sandino. El resultado fue un discurso organizado que insertó a Nicaragua en el mundo contemporáneo y que sintetizó, a la vez, los símbolos, los valores, los principios de identidad y las tradiciones populares, hasta entonces dispersos y desarticulados.

El nuevo discurso político y programático, opuesto y antagónico al de la dictadura, se amplió y profundizó en la medida en la que el movimiento que impulsaba el FSLN se convirtió en el centro de convergencia de innumerables fuerzas sociales. De este modo, se asintió al surgimiento de una nueva

hegemonía política bajo la conducción del FSLN.

En el plano militar, el FSLN transitó de las experiencias “foquistas” a las de la guerra popular en el curso de cuatro lustros de una paciente impaciencia.

La primera acción guerrillera que emprendió el FSLN tuvo lugar en los ríos Coco y Bocay en el año de 1963; obedeció a las concepciones “invasionistas” o “foquistas” entonces en boga y constituyó un revés militar para la joven organización revolucionaria. La lección que los sandinistas sacaron de esta experiencia fue clara: era necesario combinar la lucha armada con otras formas de lucha, se hacía menester asociar la acción clandestina con la lucha legal y abierta. En consecuencia, entre 1964 y 1965 el FSLN priorizó el trabajo legal entre las masas, en especial en los barrios periféricos de las ciudades de Managua y León, así como en ciertas áreas rurales.

Su segunda acción guerrillera la llevó a cabo en Fila Grande y Pancasán en 1967. A pesar de los cambios que en su estrategia y en sus tácticas había realizado el FSLN, y no obstante los rigurosos preparativos que precedieron a esta acción, la empresa desembocó de nueva cuenta en una derrota militar. Esta vez debido a deficiencias en la coordinación entre la ciudad y la montaña, así como en virtud de factores verdaderamente azarosos.

Contra viento y marea, el FSLN continuó ampliando y fortaleciendo su trabajo legal y clandestino en las ciudades, las montañas y los campos, a la par que consideraba sus fuerzas, perfeccionaba su estructura y sus aparatos. Ello le permitió capitalizar el descontento que siguió a las elecciones presidenciales de 1967 (en las que aparentemente contendieron Anastasio Somoza Debayle y

Fernando Agüero), famosas por la matanza de manifestantes que se produjo en la ciudad de Managua. También le permitió atraerse a grupos importantes de poetas, intelectuales, periodistas y sacerdotes progresistas. Asimismo le permitió beneficiarse del aislamiento, casi total, al que se autocondenó la dictadura somocista tras el terremoto de 1972 que devastó a Managua, en razón del cínico latrocinio perpetrado en la ayuda internacional que arribó al país.

Pero en ningún momento se trató de un proceso simple y lineal de acumulación de fuerzas. Los militantes del FSLN hubieron de encarar y superar serias divergencias internas; hubieron de enfrentar constantes y numerosas pérdidas humanas, entre ellas, la de Carlos Fonseca Amador, ocurrida el 8 de noviembre de 1976; hubieron de padecer torturas, cárceles y exilio sin fin. Así y todo, hacia mediados de 1979, el FSLN estaba preparado para emprender acciones armadas verdaderamente espectaculares y para iniciar la ofensiva final contra la dictadura somocista.

Todo esto y mucho más se relata puntualmente en *La paciente impaciencia* del comandante Tomás Borge. Libro indispensable que nos anuncia, sin duda, otros textos de la misma pluma que están aún por venir.

Juan Felipe Leal

SOBRE LOS GRANDES Y PEQUEÑOS CAMBIOS EN EL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO

Soledad Loaeza, *El llamado de las urnas*, México, Edit. Cal y Arena, 1989, 319 p.p.

El llamado de las urnas de Soledad Loaeza está formado por un conjunto de artículos escritos en su mayor parte de 1980 a la fecha.

En todos estos trabajos la preocupación central de la autora es explicar los cambios, grandes y pequeños, que han influido para transformar radicalmente el sistema político mexicano, sobre todo a partir del movimiento estudiantil de 1968.

Uno de los méritos más importantes de este libro es la vinculación entre la teoría y el análisis de una problemática particular. Soledad Loaeza recupera planteamientos tanto de autores considerados "clásicos" —como Tocqueville— en relación con la democracia, Raymond Aron respecto a los intelectuales o Norberto Bobbio sobre teoría del Estado. Al mismo tiempo incluye una extensa bibliografía de análisis sobre temas específicos, de autores también muy reconocidos. Por ejemplo, John Womack para el estudio del zapatismo, Arnaldo Córdova sobre la ideología de la revolución mexicana y el Estado posrevolucionario, así como múltiples ensayos y artículos de Héctor Aguilar Camín y Carlos Martínez Assad, entre otros. Desde este punto de vista, el material bibliográfico en el que Soledad Loaeza se apoya es amplio y de muy buena calidad.

Por otra parte, el libro está escrito con un estilo sencillo y claro, con una gran agudeza para explicar lo que podríamos denominar la esencia del problema y, por ello, logra abrir